

La LEYENDA del HECHICERO

— EL GUERRERO —



Índice

Portada
Dedicatoria
Mapa de Hominum
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Demonología

Marmosete

Entra en el universo de «La leyenda del hechicero»

Nota

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

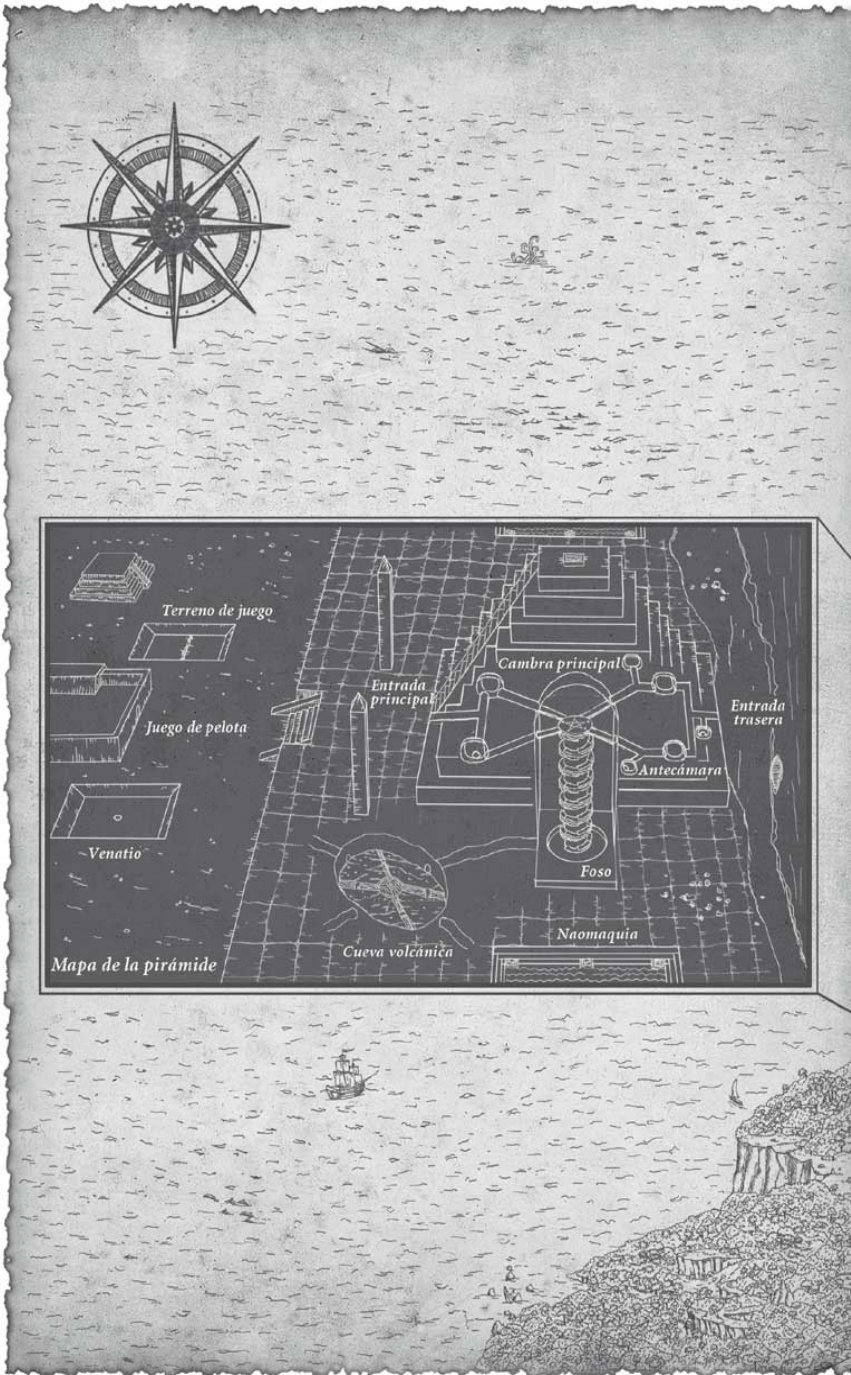
Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

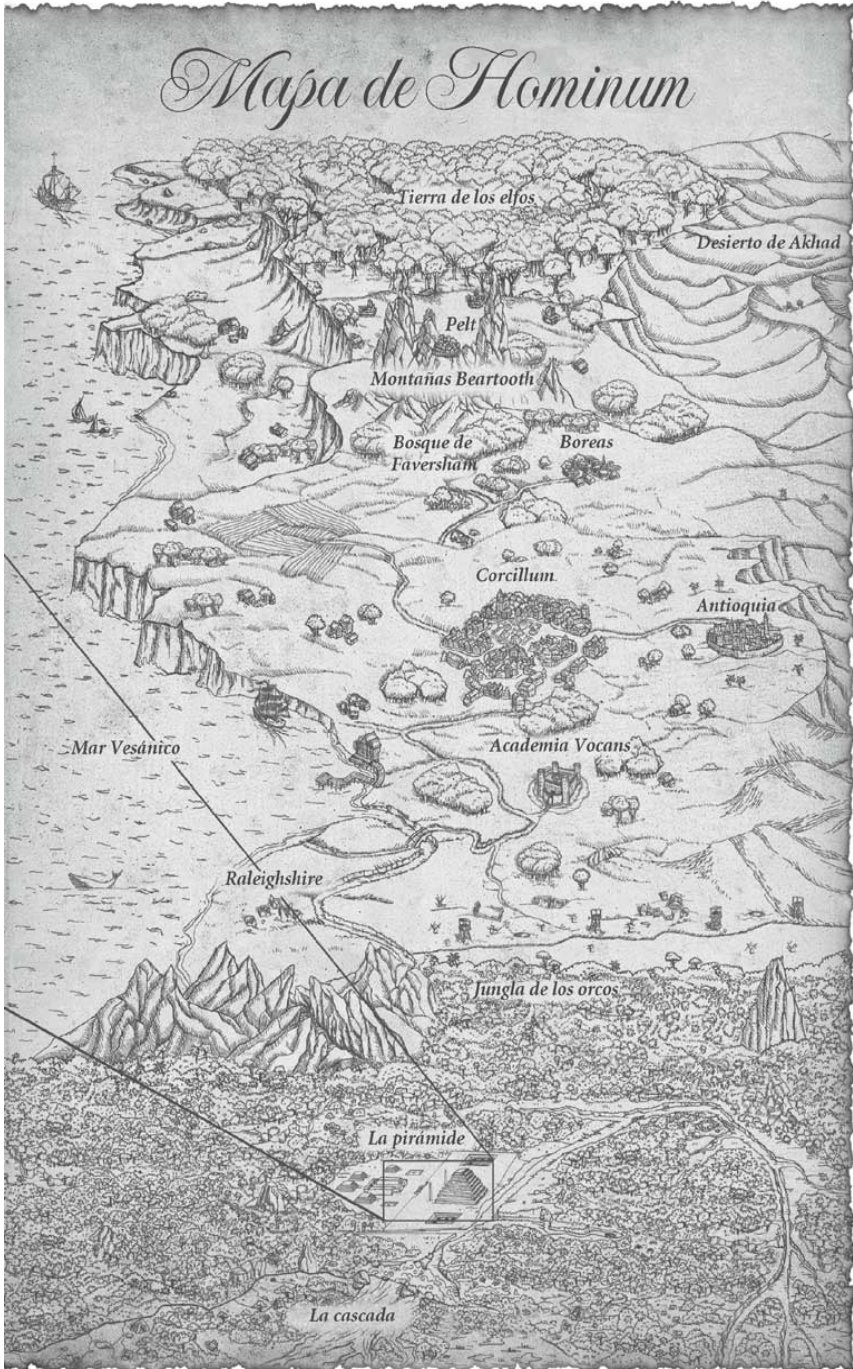
Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para Rob, el hombre más valiente al que he conocido jamás







1

Fletcher abrió los ojos, pero lo único que vio fue oscuridad. Gimió de dolor y empujó a Ignatius, que tenía una garra apoyada en su barbilla. El demonio protestó con un soñoliento gruñido y se dejó caer de espaldas sobre la fría piedra en la que ambos yacían.

—Buenos días. O la hora que sea —murmuró Fletcher, y encendió una luz errante.

La luz se quedó flotando en el aire como un minúsculo sol que giraba muy despacio. Un resplandor frío y azul iluminó la habitación, y Fletcher contempló la estrecha celda sin ventanas cuyo suelo era de piedra. En un rincón se hallaba la letrina, que en realidad no era más que un agujero en el suelo tapado por una irregular losa de pizarra. Luego se quedó mirando la enorme puerta de hierro empotrada en la pared de enfrente.

Justo en ese momento se oyó un golpeteo metálico y la trampilla que se hallaba en la parte baja de la puerta se abrió. Apareció una mano, protegida con un guante de corta de malla, que palpó el suelo en busca del cubo vacío, situado junto a la puerta. Después se oyó una especie de borboteo y la mano volvió a dejar el cubo en su sitio, esta vez rebosante de agua. Fletcher siguió contemplando la trampilla con ansiedad y luego, al oír el eco de los pasos que se alejaban, se lamentó.

—Hoy tampoco hay comida, amiguito —dijo, acariciándole la barbilla al alicaído Ignatius.

No era ninguna novedad, pues a veces el carcelero no se molestaba en llevarles comida. A Fletcher le rugieron las tripas, pero las ignoró y buscó la piedra suelta que guardaba junto al catre para hacer otra marca en la pared. Aunque al estar siempre a oscuras, sin luz natural, no resultaba fácil saber qué hora era, ya había deducido que les llevaban comida y agua —o, a veces, sólo agua— una vez al día. No le hacía falta contar los cientos de marcas que había grabado en la pared para saber cuánto tiempo llevaba encarcelado. Se lo sabía de memoria.

—Un año —suspiró, dejándose caer de nuevo sobre la paja—. Feliz cumpleaños.

Se quedó allí tendido, meditando sobre los motivos de su encarcelamiento. Todo había empezado una noche cuando Didric, su adversario desde la infancia, lo había acorralado en una cripta y había tratado de asesinarlo mientras alardeaba de los planes de su padre para convertir la aldea de Pelt en una gran prisión.

Y entonces había aparecido Ignatius, como por arte de magia, y había quemado a Didric cuando éste se acercaba a Fletcher, así que Fletcher aprovechó para escapar. El diablillo había arriesgado su propia vida para salvar la de Fletcher ya en los primeros momentos de su relación. Luego, Fletcher se había convertido en un fugitivo, pues sabía perfectamente que la familia de Didric contaría todas las mentiras necesarias para acusarlo a él de intento de asesinato. El único consuelo que le quedaba era que, de no haber ocurrido todo eso, jamás habría entrado en la Academia Vocans.

¿De verdad habían transcurrido dos años desde que Ignatius había aparecido en su vida y él había pisado por primera vez aquel antiguo castillo? Recordaba con claridad los últimos momentos que había pasado en la venerable institución. Su mejor amigo, Othello, se había ganado el respe-

to de los generales y había convencido a los demás enanos para que no se rebelaran contra el Imperio de Hominum. La elfina Sylva había consolidado la paz entre las razas y había demostrado que tanto ella como los demás elfos eran unos valiosos aliados. Incluso Seraph, el primer plebeyo que entraba a formar parte de la nobleza en los últimos mil años, había impresionado al resto de los nobles durante el torneo. Pero lo mejor de todo, quizá, había sido que la conspiración de los Forsyth para iniciar una nueva guerra contra enanos y elfos, con el único objetivo de favorecer su negocio de venta de armas, acabó siendo un completo fracaso. Sí, había sido una época maravillosa.

Hasta que el pasado de Fletcher volvió para acosarlo.

Ignatius, consciente del desaliento de su amo, con los ojos color ámbar parecidos a los de un búho, observó a Fletcher y pestañeó. Le acarició la mano con la punta del hocico y el muchacho trató de apartarlo con desgana, pero Ignatius lo esquivó y le mordió la punta de un dedo.

—Vale, vale —dijo Fletcher sonriendo al bullicioso demonio. El dolor en el dedo lo distrajo momentáneamente de sus penas—. Vamos a entrenar. A ver, ¿qué conjuro podemos practicar hoy?

Metió la mano bajo el montón de paja que le hacía las veces de cama y cogió los dos libros que le habían permitido mantener la cordura a lo largo del último año. No sabía quién se los había dejado allí, pero sí sabía que esa persona había corrido un gran riesgo. Fletcher le estaba muy agradecido a su misterioso benefactor, pues sin los libros se habría vuelto loco de aburrimiento. Eran muy pocos los juegos a los que él e Ignatius podían jugar en las reducidas dimensiones de aquella celda.

El primer libro era el manual de los conjuros, el mismo que utilizaban en las clases de Arcturus. Era un libro delgado, pues sólo contenía unos centenares de símbolos y las

técnicas adecuadas para grabarlos. Antes de su encarcelamiento, Fletcher sólo conocía vagamente los símbolos, lo justo para aprobar los exámenes, pues había preferido concentrarse en perfeccionar los cuatro conjuros básicos del mago de batalla. Ahora, sin embargo, conocía de memoria todos los símbolos y era capaz de grabarlos mientras dormía.

El segundo libro era mucho más grueso, tanto que quien fuera que lo había escondido se había visto obligado a quitarle las tapas de cuero para poder ocultarlo entre la paja. Era el diario de James Baker, el libro de iniciación que había utilizado Fletcher para convertirse en un auténtico mago de batalla. Entre aquellas páginas, Fletcher había descubierto al menos una docena de conjuros que el difunto hechicero había copiado diligentemente de las ruinas de antiguas aldeas de los orcos. Es más, Baker había estudiado a muchos demonios orcos y había anotado con todo detalle su poder relativo, sus capacidades y sus estadísticas. Ahora, Fletcher también era un experto. Y lo más fascinante de todo era que Fletcher había obtenido todos sus conocimientos sobre el mundo de los orcos, incluidas estrategias y armas, del diario. Era una auténtica fuente de conocimientos que Fletcher había devorado en apenas unos días, y lo había retomado enseguida en busca de detalles que se le pudiesen haber pasado por alto.

Esos dos libros eran lo único que lo distraía del abrumador silencio y de su desconocimiento de lo que sucedía en el mundo exterior. Noche tras noche, soñaba con sus amigos y se preguntaba dónde estarían. ¿Luchando en el frente mientras él se pudría en las entrañas de la tierra? ¿Muertos, víctimas de la jabalina de un orco o de la daga de un Forsyth?

Pero lo que más lo torturaba era saber que su padre adoptivo, Berdon, estaba muy cerca, en la aldea que tenía

justo encima. Fletcher recordaba bien la noche en que el carro de los prisioneros lo había llevado de vuelta a Pelt. Había atisbado entre los resquicios del carro blindado, ansiando vislumbrar una imagen del lugar en el que había transcurrido su infancia. Pero, antes de que pudiera conseguirlo, los carceleros le habían tapado la cabeza con un saco y se lo habían llevado.

Mientras Fletcher se sumía una vez más en un triste silencio, Ignatius gruñó, inquieto, y lanzó una pequeña bola de fuego que chamuscó la paja que los separaba.

—¡Vaya, qué impaciente estás hoy! —exclamó Fletcher, canalizando una descarga de mana hacia un dedo tatuado—. Muy bien, tú te lo has buscado. A ver si te gusta el conjuro de la telequinesia.

Dejó que una fina corriente de mana saliera de la punta del dedo. El símbolo en forma de espiral se volvió violeta y el aire vibró a su alrededor. Ignatius empezó a retroceder, pero Fletcher apuntó rápidamente la mano hacia el travieso demonio, le ciñó la cintura con el lazo de energía y lo lanzó hacia arriba. El demonio extendió las garras y las clavó en el techo, tras lo cual Fletcher recibió una lluvia de polvo. Antes de que el muchacho pudiera reaccionar, Ignatius se soltó y se dio la vuelta en el aire, como un gato, con la cola tibia y las uñas apuntando hacia el rostro de Fletcher. El muchacho rodó desesperadamente hacia un lado y consiguió evitar el ataque; luego, al girar sobre sí mismo, descubrió que la celda volvía a estar a oscuras. Ignatius había golpeado la luz errante durante su ataque y la había apagado como si fuera una vela.

—Vaya, conque ésas tenemos —dijo Fletcher mientras canalizaba el mana hacia el dedo índice, el que no llevaba tatuado.

En esta ocasión, grabó algo en el aire, sirviéndose de uno de los extraños símbolos que había aprendido gracias

al diario de Baker. Giró el dedo de forma que le apuntara directamente a la cara.

El símbolo llamado ojo de gato era exactamente lo que decía su nombre, un pequeño óvalo dentro de un círculo. Después de varias pruebas, Fletcher había descubierto que el conjuro no surtía efecto hasta que la luz no se reflejaba en sus retinas.

El símbolo luminoso y el destello amarillo que se produjo a continuación delataron su posición, pero Fletcher rodó hacia un lado para despistar a Ignatius, que seguía sumido en la oscuridad. Notó que los ojos le empezaban a cambiar, que las pupilas se le agrandaban hasta adoptar un aire felino. Poco después, Fletcher empezó a ver con claridad y distinguió la figura de Ignatius, que en ese momento se arrastraba hacia el lugar que Fletcher había ocupado antes. Parecía un león acechando a una gacela. Aunque Ignatius gozaba de una visión nocturna mucho mejor que la de Fletcher, tenía dificultades para orientarse en la total oscuridad de la celda.

—¡Te pillé! —gritó Fletcher después de precipitarse al otro lado de la celda y sujetar al demonio con ambos brazos.

Cayeron los dos sobre la paja, y Fletcher se echó a reír ruidosamente al escuchar los gritos de protesta del demonio.

En ese momento se abrió la puerta y la celda se llenó de luz, hiriendo a Fletcher en los ojos, extremadamente sensibles por el conjuro. El muchacho se apresuró a esconder los libros bajo la paja, pero recibió en un lado de la cabeza el impacto de una bota y se cayó contra la pared.

—No tan rápido —dijo una voz áspera.

Oyó el chasquido de una llave de chispa y notó en la frente el gélido metal del cañón del arma. A medida que iban desapareciendo los efectos del conjuro, consiguió dis-

tinguir un cuerpo borroso cuyo rostro se ocultaba bajo una capucha. La figura estaba agachada junto a él y sostenía una elegante pistola.

—Un solo gesto y te vuelo la cabeza —dijo la silueta oscura.

Era una voz áspera, como la de alguien que está sediento.

—Vale, vale —respondió Fletcher levantando muy despacio las manos.

—Eh, eh —dijo la figura, chasqueando la lengua y apoyando el cañón con más fuerza en la sien de Fletcher—. ¿Es que estás sordo? Ya sé lo que eres capaz de hacer con esos dedos tatuados. Deja las manos a los lados.

Fletcher vaciló, consciente de que aquella sería probablemente su única oportunidad de escapar. El pistolero suspiró, exasperado.

—Rubens —dijo—, enséñale tu agujón.

Fletcher oyó una especie de revoloteo bajo la capucha del hombre y de inmediato surgió un Ácaro de un color rojo intenso y se le posó en el cuello. Notó un dolor agudo y, enseguida, una sensación de frío que se le extendió rápidamente por todo el cuerpo.

—Bien, ahora ya no podrás usar tus truquitos —murmuró la figura al mismo tiempo que se ponía en pie. Su silueta se recortó contra la luz de la antorcha que se colaba por la puerta abierta—. Y hablando de truquitos, ¿dónde está tu Salamandra?

Fletcher intentó girar la cabeza, pero era como si la tuviera atornillada al cuello. Al oír la palabra Salamandra, Ignatius se movió bajo su cuerpo y Fletcher supo que se disponía a atacar. Trató de aplacar las iras del demonio enviándole un flujo constante a través de su conexión mental. Aunque entre los dos consiguieran derrotar a aquel hom-

bre, Fletcher no conseguiría cruzar la puerta de la celda y menos aún huir.

—Ah, ya lo veo ahí en la paja. Bueno, dile que se esté quieto si no quieres que te vuele los sesos. Sería una lástima matarte ahora, después de todos los preparativos que hemos hecho...

—¿Pre... pre... preparativos? —consiguió balbucear Fletcher, con la lengua torpe y entumecida por culpa del veneno del Ácaro.

—Para tu juicio —respondió la figura, y extendió una mano para que el Ácaro se posara en ella—. Lo hemos retrasado todo lo que hemos podido, pero al parecer tus amigos han sido muy insistentes en sus peticiones al rey. Una lástima.

La figura ocultó de nuevo al Ácaro bajo la capucha, como si no soportara la idea de tenerlo lejos. La piel de su mano era suave, parecía femenina, y lucía unas uñas muy cuidadas. Las botas que llevaba, de piel de becerro, estaban cosidas a mano, y los pantalones ceñidos tenían un aire moderno. Hasta la chaqueta negra con capucha estaba confeccionada con piel de la mejor calidad. Fletcher se dio cuenta de que aquel desconocido era un joven acaudalado, muy probablemente el primogénito de algún noble.

—Te voy a permitir que me hagas una última pregunta antes de llevarte a los tribunales. Esperaremos un momento para que se te pase la parálisis, no me apetece cargar contigo.

Fletcher pensó de inmediato en sus amigos, en Berdon y en la guerra. Sin embargo, no sabía si el desconocido tenía las respuestas que él buscaba. Recordó a los otros hechiceros que había conocido en Vocans, pero ninguno de ellos tenía la voz ronca. ¿Podría ser Tarquin, que le estaba gastando una broma cruel? Una cosa estaba clara: mientras